

IDENTIDAD Y CUERPO SEXUADO EN LA ADOLESCENCIA

Patricia Grieve

Podríamos definir a la adolescencia como el tiempo necesario para poder asimilar los cambios fisiológicos de la pubertad e integrarlos en la representación del propio cuerpo, proceso largo y complejo que abarca, en nuestras sociedades igualmente complejas, un periodo de años. Este periodo ha ido extendiéndose a medida que la cultura ha creado nuevas formas de exigencia para el joven que implican el ir posponiendo la entrada en el mundo adulto. Se ha creado también toda una cultura adolescente que facilita las identidades grupales pero a su vez hace menos atractivo su abandono.

La adolescencia es un invento relativamente moderno: según Philippe Ariès data de la introducción del servicio militar obligatorio durante el periodo napoleónico. Sabemos también que el romanticismo, movimiento que aparece por esa misma época, es un movimiento esencialmente adolescente, que promueve la emoción, el sentimiento, la pasión, como supremas manifestaciones en reacción a los valores de la Ilustración. El cuadro pre-rafaelita del suicidio de Chatterton, poeta adolescente, refleja la estética y los valores del romanticismo, influidos por la historia del suicida joven Werther, creación de Goethe. Sin embargo, en pleno siglo XVI Shakespeare narró la suprema historia del amor adolescente, la de Romeo y Julieta, amor trágico culminado también en suicidio. Esta conexión no casual entre suicidio y adolescencia, que comentaré más adelante, expresa el papel preponderante, y conflictivo, de la relación con el cuerpo en la adolescencia. Por primera vez, el individuo humano tiene la capacidad física de quitarse la vida, así como la de quitársela a otros, junto con la

capacidad sexual para actuar sus deseos edípicos sexuales y agresivos reprimidos durante la latencia.

En las sociedades llamadas “primitivas” el periodo adolescente es prácticamente inexistente, pero los rituales de iniciación van destinados a facilitar al púber la resolución de conflictos de identidad y la asunción de la función de procrear. Estos rituales suelen girar en torno al reconocimiento del cuerpo y los genitales maduros post-puberales, y es mediante esta aceptación social y cultural que el joven puede renunciar al status infantil y ocupar un lugar en la sociedad adulta. El tiempo es entonces condensado por el rito.

Como mencioné anteriormente, la principal tarea de la adolescencia es la integración del cuerpo maduro sexualmente, transformado por la pubertad, en una nueva representación del propio cuerpo, que incluya a los genitales maduros sexualmente y a la capacidad de procrear. Ello implica también el poder conservar una vivencia de identidad a través de estos cambios tan profundos, cambios no sólo físicos sino también psíquicos, que pueden resquebrajar el sentimiento de identidad, de seguir siendo el mismo a pesar de ser diferente. El cuerpo del adolescente se convertirá entonces en el escenario de este proceso de transformación, y en el lugar de “una dialéctica entre el cuerpo del niño, conocido y fantaseado... y el desconocido, misterioso y sexualmente maduro cuerpo del adolescente”, en palabras de la psicoanalista francesa Annie Birraux.

Y cuando hablamos del cuerpo en psicoanálisis hablamos de su significación, y de la representación de éste, representación inconsciente que no es una mera réplica del cuerpo físico, ni siquiera de su apariencia, sino que está teñida por fantasías, deseos y temores, productos de las vicisitudes de la historia personal desde sus momentos más tempranos. La psique se origina a partir del cuerpo, como una elaboración de la vivencia de éste, aunque ambos, psique y cuerpo, mantienen una relación no siempre

armoniosa; en ningún momento de la vida está esta relación tan fraguada de conflicto como en la pubertad y la adolescencia.

Freud introdujo el concepto de “yo corporal” para dar cuenta de la importancia del cuerpo en la formación del yo, que se estructura, según él, de acuerdo a los límites corporales, puesto que las percepciones externas e internas se originan en el cuerpo y, sobre todo, en la superficie de éste. De fine entonces al yo como “... en primer lugar y sobre todo un yo corporal; una proyección mental de la superficie del cuerpo”. Es decir que el yo, la parte organizada del psiquismo, no toda ella consciente, que es también el asiento de la identidad, se origina en la percepción interna y externa del propio cuerpo, y de los límites de éste, límites que en un primer momento no están claramente delimitados del entorno, y se funden con los del cuerpo materno.

Así como Freud describe los inicios del yo en íntima unión con la percepción del propio cuerpo, el psicoanalista británico DWWinnicott, a mediados del siglo pasado, habló de un proceso de “apostamiento de la psique en el cuerpo”, proceso complejo y nunca del todo acabado. ‘No existe una relación inherente entre ambos, psique y cuerpo; la identificación con el propio cuerpo no puede darse por sentada, y puede en muchos casos ser frágil; en ciertos momentos de la vida puede verse amenazada, como por ejemplo, en la pubertad. De hecho, según Winnicott, esta integración psique-soma es más bien precaria. Partimos de una inicial vivencia de extrañeza ante el propio cuerpo: “no hay una identidad inherente cuerpo-psique”, en palabras de Winnicott. El niño va descubriendo su propio cuerpo y haciéndolo suyo, apropiándose, a partir de esa inicial vivencia de extrañeza. El individuo debe hacerse capaz de identificarse con su cuerpo, vivido, inicialmente, como ajeno a él mismo. La psique llega gradualmente a integrar el cuerpo de modo que en la salud se da la situación en la que los límites del cuerpo son también reconocidos

como los límites de la psique. DWWinnicott, más adelante, describió el proceso que llamó “personalización”, y que tiene que ver con el “apostentamiento” del sí mismo, o el yo entendido en su más amplia acepción freudiana, en el cuerpo. La identificación del sujeto con su cuerpo, dice este autor, implica un proceso dependiente de los cuidados corporales por parte de la madre, así como de las experiencias pulsionales sostenidas adecuadamente por ella. Todo ello va señalando al bebé los límites de su cuerpo a la vez que erotizándolo. La relación con el propio cuerpo y la experiencia de su apropiación es, por lo tanto, una adquisición que permanece ligada para siempre a la relación temprana con el cuerpo de la madre.

Lacan, por su parte, describió el momento en el que, mirándose en el espejo, el infans descubre su propia imagen y asume una vivencia unificada de su yo. Winnicott añadió que el rostro de la madre es el espejo en el que el niño se mira y se descubre. Cuando es amamantado, el bebé mira el rostro de la madre, y se mira en él; esto quiere decir que los inicios de su identidad están irrevocablemente unidos a la persona, el cuerpo y el rostro de la madre. Así, Winnicott dirá que por largos momentos el bebé vive en el rostro de la madre. Poco a poco irá apostentándose en su propio cuerpo, en el cual, como ya Freud apuntaba, la piel señala los límites entre su persona y el mundo externo, límites que inicialmente se confunden con los de la madre.:

La intimidad corporal del niño con la madre es perdida gradualmente a partir del momento del destete, y, en situaciones adecuadas, esta renuncia es paliada por el acceso a la simbolización: el lenguaje media la distancia física, la palabra es ahora el sustituto de la relación corporal. La aparición del padre como un tercero también introducirá al niño en la realidad de los límites de su relación con la madre, así como la de las diferencias entre los

sexos: el niño pequeño sabe ya si es niña o varón, aunque la significación de esta diferencia no será plenamente adquirida hasta la adolescencia. Pero el gradual deslinde que hace el niño de su cuerpo y el cuerpo de su madre le irá también permitiendo descubrir el propio cuerpo como un lugar que puede proporcionarle placer y, a través de ello, una cierta autonomía.

Sin embargo, la vivencia de fusión con la madre permanece como un núcleo inconsciente que puede representar un refugio frente a angustias de abandono en la infancia, y permite de ese modo la separación. Sin embargo, cuando falla la simbolización, este núcleo puede permanecer como un núcleo psicótico propenso a ser reactivado en momentos de stress, como por ejemplo la pubertad.

En el complejo de Edipo si ha habido suficientes experiencias buenas y gratificantes con la madre el niño podrá soportar la vivencia de inferioridad de su cuerpo sin perder el amor por éste.

Laufer tomó el término “apropiación del cuerpo” de Winnicott (1945), quien describió el proceso que llamó “personalización”, consistente en la “localización del self en el propio cuerpo”, proceso dependiente del cuidado corporal por parte de la madre así como de las experiencias pulsionales sostenidas adecuadamente por ella. La relación con el propio cuerpo y la experiencia de su apropiación es, por lo tanto, una adquisición que permanece ligada para siempre a la relación temprana con el cuerpo de la madre. Cuando la pérdida de la relación corporal con la madre no es sustituida por un proceso de duelo y simbolización, permanece una mayor propensión a experimentar los cambios genitales de la pubertad como una amenaza a la relación fusional imaginaria con el cuerpo de la madre. El cuerpo sexuado es vivido como un perseguidor, odiado porque es un recordatorio de la pérdida de la infancia y de la fantasía omnipotente de bisexualidad, a la que hay que renunciar ante la evidencia de los genitales

maduros masculinos o femeninos. Estas pérdidas pueden ser evitadas al precio de una ruptura con la realidad y el daño consecuente al yo.

El púber debe hacer un duelo por la pérdida del cuerpo infantil, cuerpo que representaba su unión con la madre, y renunciar a la fantasía infantil omnipotente de bisexualidad, teniendo que enfrentarse a la realidad de sus genitales maduros, masculinos o femeninos. De hecho, este complejo proceso, que implica la asimilación del cuerpo maduro físicamente como parte de la representación de sí mismo, tiene un papel central en la experiencia adolescente. La principal función evolutiva de la adolescencia es, en palabras de Moses Laufer, “el establecimiento de la organización sexual final”. Ello implica que al final de la adolescencia se habrá llegado a una solución de compromiso entre lo que el sujeto desea y lo que se permite, solución que define la identidad sexual de la persona. Por todo ello la relación del adolescente con su cuerpo tiene una gran importancia. Pero hay adolescentes para los cuales este proceso, complejo y difícil, parece verse interrumpido. Son adolescentes que tienen una visión distorsionada de su propio cuerpo, hacia el cual expresan odio o vergüenza. Laufer describió la crisis del desarrollo en la adolescencia como “...el rechazo inconsciente al cuerpo sexual y un sentimiento acompañante de estar pasivo frente a las demandas que provienen del propio cuerpo, con el resultado de que los propios genitales son ignorados o negados o, en los casos más severos, el sentimiento de que son diferentes de los que uno necesitaría. ... la interferencia específica en el proceso de desarrollo que puede ser definida como patología adolescente queda incluida en la opinión distorsionada del adolescente de su cuerpo y su relación con él, expresada mediante odio o vergüenza hacia el cuerpo sexual.” (Laufer, 19 p.41)

Esta vivencia de anormalidad con respecto de los propios genitales fue expresada por una paciente adulta quien se sentía acosada por el temor de que el ginecólogo que la examinaría podría ver su anormalidad. Esta

paciente había atacado su cuerpo a partir de la adolescencia haciéndose cortes en los brazos en momentos en que necesitaba descargar tensión. Otra paciente, una adolescente de 20 años, no había podido entablar nunca una relación amorosa con un chico debido a sus temores a una aproximación física que dejarían al descubierto una vivencia íntima de vergüenza y anormalidad relacionada con la experiencia de haber practicado felaciones a la edad de 7 años al hermano adolescente de una amiga.

La apropiación del cuerpo se convierte en problemática en ciertos adolescentes. Es importante que el adolescente pueda experimentar su cuerpo como algo que le pertenece, y no como perteneciente a la madre que le dio sus cuidados. Muchos comportamientos destructivos hacia el cuerpo son un intento desesperado por reclamarlo como propio, por sentir los propios límites. Una paciente adolescente había empezado a engordar a partir de la pubertad, como una forma de apropiarse de su cuerpo y sentirlo diferente del de su madre. Sin embargo, este síntoma expresaba también el deseo contrario de permanecer siempre apegada al vínculo infantil con la madre alejando a los hombres que podrían mostrar un interés sexual por ella, ya que le había angustiado la forma en que estos miraban su cuerpo transformado por la pubertad en un cuerpo deseable de mujer.

El cuerpo transformado por la pubertad se convierte en algo amenazante porque significa que los deseos edípicos sexuales y agresivos pueden ser llevados a cabo. El cuerpo puede ser entonces vivido como un perseguidor, ya que las demandas pulsionales, sentidas como exigencias imperiosas, amenazan con desbordar las defensas habituales en casos en que no ha habido una resolución del complejo de Edipo adecuada, con la identificación con el progenitor del mismo sexo y la transformación del super-yo concomitante a ello. La reactivación de los deseos edípicos con la pubertad puede entonces forzar a una renuncia de la sexualidad con el

rechazo de los propios genitales representando a lo pulsional rechazado. Un paciente se vio invadido, en la pubertad, por fantasías sexuales con su madre, tan angustiosas que abandonó la masturbación y se sintió intensamente perseguido por ideas religiosas de tipo obsesivo que venían a condenar todo lo relativo a la sexualidad. Parecía haber fracasado la represión del complejo de Edipo debido a la dificultad en identificarse con un padre vivido como violento a la vez que despreciado. Las fantasías sexuales con la madre eran amenazantes además porque detrás de la madre edípica se hallaba una madre arcaica y poderosa que amenazaba con engullirlo de modo que su existencia misma como individuo estaba en juego. Su búsqueda del análisis en la temprana adultez significaba, sin embargo, que no se había rendido a la vivencia de pasividad frente a esta imago materna, sino que continuaba luchando activamente por la posibilidad de tener una vida sexual más o menos normal en vez de abandonarse a soluciones extremas frente al temor a verse invadido por angustias de tipo psicótico: había contemplado el suicidio, pero sus ideas religiosas se lo impedían; a pesar de la dificultad de identificarse con el padre, la religión vino, a hacer las veces de un padre simbólico que ponía límites frente al suicidio, representando el abandono del cuerpo a una madre arcaica poderosa y mortífera y la renuncia a la posibilidad de crecer. El suicidio, como decíamos al principio de esta charla, se muestra ligado a representaciones de la adolescencia porque en esta edad aparece la posibilidad real de llevarlo a cabo, y su incidencia en este grupo es significativa. Moses Laufer pensaba que un intento de suicidio en la adolescencia siempre debería ser tomado en serio, y representa una pérdida de contacto con la realidad: el cuerpo ya no es percibido por el adolescente como algo que le pertenece sino que se ha convertido en un objeto odiado y persecutorio, depositario de fantasías, deseos y temores, de carácter regresivo o perverso, que lo hacen verse como anormal, diferente, y sin

esperanzas. Ese cuerpo odiado puede también ser vivido como el representante de la madre fusional, de la cual teme el joven no poder separarse nunca para acceder a una vida independiente y adulta. Así, relata Laufer que “a menudo el intento de suicidio es precedido inmediatamente por un suceso que representa el fracaso en alejarse de su relación de dependencia con los padres”, como por ejemplo la ruptura de una relación amorosa, o un fracaso en los estudios, incidiendo sobre un sentimiento de sumisión pasiva.

La masturbación, por otra parte, permite al adolescente vivirse activamente en relación con su cuerpo, y es una actividad transicional, o de preparación para el encuentro heterosexual. Las fantasías que se ponen en juego integran gratificaciones pre-edípicas con los deseos de la fase edípica. Cuando estas fantasías no han sufrido la represión posterior al complejo de Edipo y representan con demasiada crudeza elementos arcaicos o demasiado violentos, estos pugnan por salir a la consciencia y ser actuados. En esos casos la masturbación es vivida como un peligro y ha de ser suprimida, o como un signo de anormalidad. En otras situaciones la dificultad en la identificación con el padre edípico o su ausencia puede dificultar la función de la masturbación, ya que la vivencia de la situación incestuosa es demasiado real. Era el caso de un paciente mío adolescente que sentía que tenía que ejercer un gran control sobre sus deseos sexuales, prohibiéndose la masturbación, ya que vivía solo con su madre adoptiva, lo cual le hacía sentir temor a que las barreras frente al incesto fueran endebles.

Laufer pone énfasis en la importancia de dejar abierta la vivencia de libertad de elegir hasta finales de la adolescencia, e intentar deshacer soluciones patológicas que implican una huida de la elección. Esto implica el que el joven pueda vivirse activamente como sujeto con posibilidad de

elegir, aunque en sus fantasías sexuales se coloque en un papel pasivo. Recientemente en un periódico un ídolo del rock hablaba de su temprana elección de la homosexualidad a los catorce años, cuando se había abocado a una búsqueda frenética de experiencias homosexuales. Decía entonces que visto desde su edad actual pensaba que los hombres en la veintena de años que él buscaba deberían haberse negado a entablar relaciones sexuales con un chico de catorce, con lo cual implícitamente admitía que su elección había sido precoz en exceso, y que sus experiencias sexuales podrían haber sido más bien dañinas. Quería resaltar esta anécdota porque en la actualidad vemos que muchas veces, como en el caso del cantante rockero, la sociedad se hace cómplice de los jóvenes que a edades muy tempranas se definen a sí mismos como homosexuales en actitudes defensivas y de huida hacia adelante, contribuyendo a obturar así la experiencia adolescente de búsqueda y exploración de la sexualidad, lo cual puede incluir momentos de acercamiento homosexual en una búsqueda de identificaciones más perdurables.

LA METAMORFOSIS DE LA PUBERTAD

La literatura y el arte universales han sabido reflejar ese momento de desconcierto y, muchas veces, horror, en el que el púber se enfrenta a los cambios corporales alterando lo familiar en algo desconocido e inquietante. Los psicoanalistas, desde el mismo Freud, hemos bebido de las fuentes de los mitos clásicos para comprender e ilustrar algunas de las tragedias que el ser humano atraviesa en su proceso de humanización, aduciendo que hay conflictos universales ligados a la vivencia del propio cuerpo y su significado en el contexto de la filiación, el provenir de un padre y una madre. Ovidio, en sus “Metamorfosis”, recogía leyendas de la antigüedad griega relacionadas con procesos de transformación. Muchos de estos

mitos parecen expresar en forma metafórica la mezcla de fascinación y horror con que la humanidad, desde sus inicios, contempló esa transformación del cuerpo en la que, en un corto periodo de tiempo, el niño o la niña se convierten en forma llamativa e inequívoca en hombre o mujer, con rasgos corporales que así lo delatan; relatan el encuentro con la sexualidad y las diferencias entre los sexos, o la dificultad para asumirlas, como en la historia de Narciso, enamorado de su propia imagen, lo cual lo llevó a la muerte. El tema común a las historias narradas por Ovidio es la de una transformación acompañada de violencia y sufrimiento; sin embargo, la vida externa, el paisaje, los otros, permanecen iguales, convirtiéndose así en la evidencia misma del cambio. Brueghel pintó este drama universal narrado por Ovidio al representar a Icaro precipitándose sobre las aguas mientras en primer plano un labrador se dispone a arar la tierra, y en el fondo los barcos se acercan a la bahía, totalmente indiferentes al suceso extraordinario que está acaeciendo. Qué forma más adecuada de describir la soledad con que el púber experimenta la metamorfosis de su cuerpo: cuántas pacientes relatan haber vivido en secreto su menarquia, a veces con terror, sin saber claramente de qué se trataba, y teniendo que ocultar ese suceso extraordinario al temer la incompreensión y censura de la madre o las personas más cercanas. El mito de Icaro ha sido también interpretado como ilustración de la vivencia de omnipotencia fálica en el adolescente, y el fracaso en la identificación con el padre conducente a la precipitación en la depresión.

La historia de Helios y Faetón guarda algunos puntos en común con la de Icaro; llamó mi atención después de que un paciente mío, un chico prepúber cuyos padres se habían separado recientemente, quedase profundamente impresionado por ella.

Faetón, un muchacho joven, había crecido con su madre, Climene, y sin contacto con su padre, Helios, el rey sol, quien estaba constantemente

ocupado conduciendo su carro de fuego de un lado de la tierra al otro. Los chicos del pueblo se mofaban de él, burlándose de su supuesta filiación como hijo de un dios. Una noche, deseando mostrar a sus perseguidores la verdad de su aserción, salió en busca de su padre. Cuando encontró a Helios le pidió una muestra de reconocimiento, insistiendo que le dé su carro. Helios trató de convencer a Faetón de lo arriesgado de su demanda, ya que, debido a su juventud y falta de preparación sería incapaz de conducirlo, pero finalmente cedió y aceptó prestarle el carro sólo por un día. Faetón cogió las riendas y partió velozmente. A medida que se acercaba a su pueblo intentó aproximarse demasiado para ser visto, perdió el control de los caballos, y se precipitó en el mar ahogándose.

El chico que mencioné había expresado ideas suicidas en identificación con Jokin, un adolescente vasco, foco de la atención mediática durante un tiempo, quien se había suicidado arrojándose al vacío, supuestamente en respuesta al acoso que sufría por parte de sus compañeros. Mi paciente también había hablado de su deseo de suicidarse e incluso hizo un amago de lanzarse desde la terraza de su casa. La historia de Faetón pareció proveerle de imágenes para dar forma a sus conflictos. Este mito, centrado en la figura de Faetón, un adolescente, el poderoso pero lejano padre Helios, y una madre que vive sola con su hijo, se prestaba a verse como metáfora de la rivalidad edípica en la adolescencia, el fracaso en la identificación con el padre y las angustias relacionadas con la excitación sexual y el temor a la pérdida de control vivida como destrucción. Aquí el padre poderoso no logra poner límite al deseo de su hijo de conducir el carro de fuego, atributo del padre que podríamos también relacionar al cuerpo sexual maduro y la excitación ligada a los deseos edípicos incestuosos, lo cual lleva al adolescente a una carrera suicida que termina en la muerte, la precipitación hacia la tierra, la madre tierra convertida en el final de la vida.

En el siglo XX la pluma magistral de Kafka relata otra metamorfosis, la de Gregorio Samsa, quien una mañana se despertó convertido en un horrible bicho (se ha discutido que la palabra alemana empleada por el autor no es “cucaracha”, como suele comúnmente creerse). Se han adjudicado múltiples significados a esta historia; desde nuestro punto de vista podemos leerla como una poderosísima metáfora de la angustiosa repugnancia con que muchos púberes experimentan sus cuerpos, cambiados de la noche a la mañana, y convertidos en algo extraño y desconocido que les provoca perplejidad. La vergüenza y desazón de Gregorio son acentuados por la incomprensión e indiferencia que encuentra en su familia, que, como dijimos antes, vienen a incidir sobre el sentimiento de soledad con que vive esta experiencia.

Todo ello no es ajeno a la fascinación de los adolescentes por las películas de terror. Existe en la actualidad una serie de películas de terror destinadas específicamente al público juvenil. Las películas de monstruos parecen interesar en tanto que podrían expresar ansiedades relacionadas con los cambios fisiológicos de la pubertad: así, por ejemplo, el hombre lobo sufre una transformación que lo transforma en salvaje depredador; las fantasías de una sexualidad violenta, dañina y descontrolada aparecen claramente expresadas en las diversas versiones de esta historia, incluyendo la comedia “Fui un hombre-lobo adolescente”. Las películas de terror, particularmente aquellas en las que aparecen monstruos, parecen prestarse para que los adolescentes canalicen sus ansiedades en relación con los cambios fisiológicos de la pubertad.

Una paciente púber había estado relatando algunos sueños que relacionábamos con sus terrores nocturnos, el motivo de consulta. A medida que este síntoma fue remitiendo los relatos de sueños fueron siendo sustituidos por películas de terror, hacia las cuales sentía una intensa

mezcla de fascinación y pánico. Ello facilitó el poder hablar algo más de la situación que desencadenó el síntoma. La intimidad física con su padre, favorecida por los temores nocturnos, cuando se pasaba a la cama de éste o él a la suya, era también la causa de estos temores. Su cuerpo, sin embargo, ya no era el mismo, puesto que de ser una niña había pasado a tener un cuerpo de mujer, convirtiendo esa situación nocturna en algo peligroso y prohibido que relacionaba inconscientemente con la introducción de hombres peligrosos en casa que podrían hacerle daño, violándola o raptándola. No sólo ella se había transformado, sino que por la noche el padre también se convertía en un personaje de película de terror.

Otro paciente se comparaba a Norman Bates, el protagonista de la famosísima “Psicosis” de Hitchcock. Este joven sentía la presencia intrusiva de una imago materna de modo que nunca podía discernir si un pensamiento era realmente suyo o si se trataba de esa madre emitiendo juicios desde el interior de su mente. Cuando intentaba aproximarse a una chica inmediatamente imaginaba la voz de su madre criticándola, de forma que dejaba de interesarle. Ello iba destinado a no romper el vínculo infantil con esa madre, aún a costa de sacrificar su identidad y su potencia masculinas: su intento de entablar una relación sexual con una chica desencadenó una crisis en la que ideas obsesivas adquirieron un carácter casi delirante, revelando fantasías sumamente destructivas y homicidas respecto al coito, la sexualidad femenina y la procreación.

He querido, a través de esta presentación, destacar la importancia del cuerpo en la adolescencia. Pensar en ello nos permite también comprender el lugar central de la relación con el cuerpo en nuestra vida psíquica, algo que el psicoanálisis algunas veces ha olvidado.